

Gritos de socorro

Categoría B

–¿Tú no lo oyes? –dije.

Marta se revolvió entre las sábanas y se cambió de costado, dándome la espalda. La pobre terminaba agotada del trabajo todos los días, y de noche dormía como una bendita. Yo, en cambio, llevaba semanas sin pegar ojo. Me levanté. Me asomé a la ventana. Un gato callejero cruzaba la calle, pero no era él quien acababa de maullar. Lo sabía con certeza porque en los últimos meses había pasado mucho tiempo, demasiado, asomado a la ventana; conocía a los gatos nocturnos y había aprendido a identificar todos sus maullidos. Pero no aquel. Aquel era distinto. ¿De dónde procedía? En ocasiones, desde la ventana, orientaba la oreja izquierda hacia la calle y me daba la impresión de que procedía del kiosco de la acera de enfrente. Otras veces trataba de localizar el sonido con la oreja derecha, y entonces parecía provenir del interior de mi bloque de pisos. Era un maullido triste, desconsolado. Yo estaba convencido de que se trataba de un grito de socorro, pero Marta creía que no eran más que fantasías mías.

–Deja de darle vueltas –me decía–. Te estás obsesionando.

Y tenía razón. La tenía en lo que decía, y también en lo que callaba. «Te estás obsesionando porque tienes demasiado tiempo libre. Porque estás ocioso. Porque no haces nada». Yo sabía que eso era lo que ella empezaba a pensar, aunque nunca la hubiera oído decir nada por el estilo. Me quería, me apoyaba y me había apoyado siempre, pero su fe en mí empezaba a apagarse. ¿Cómo no iba a apagarse, si en los últimos años yo no había hecho nada para

alimentarla? Lejos quedaban ya los tiempos en que el futuro brillaba ante mí como un dorado horizonte. A los veintipocos años, apenas terminada la carrera, me había propuesto convertirme en escritor, y parecía estar bien encaminado. Empecé la tarea con verdadera pasión, trabajé sin descanso y escribí decenas de cuentos, muchos de los cuales tuvieron la suerte de resultar premiados en distintos certámenes literarios. Mil euros en Sevilla, mil quinientos en Zaragoza, otros mil en Burgos. Marta y yo viajamos mucho durante aquellos años; nos iba tan bien que entre mi «sueldo» y el suyo (ella era y es periodista) nos daba para vivir en un agradable barrio residencial lleno de parques y de zonas verdes. No éramos más que unos críos y ya habíamos fundado un hogar más o menos estable, nos habíamos comprado un cochecito de segunda mano y habíamos recorrido España varias veces, de norte a sur, de este a oeste y de certamen literario en certamen literario. Su familia y la mía, sus tíos, mis padres, mis abuelos, todos celebraban nuestro éxito y no reparaban en elogios hacia «el escritor de la familia». Sé que es un tanto impúdico hablar de mí mismo en esos términos, pero creo que no es un pecado grave sentirse embriagado de vanidad en ciertas circunstancias. Saber que tus seres queridos están orgullosos de ti es un placer inigualable, sobre todo cuando se es joven, y si llego a tener un hijo me esforzaré en hacérselo sentir. Yo lo experimenté con fuerza a los veintipocos años y no abjuro de esa sensación, al contrario, me siento agradecido por haber tenido ocasión de conocerla y por conservarla en la memoria.

Fui feliz, sí, pero el tiempo me puso poco a poco en mi lugar. Aunque había ganado muchos premios, casi todos eran de creación joven, lo cual limitaba notablemente el número y la talla de los competidores. Cuando dejé

atrás, primero, los veinticinco años, y después los treinta, hube de enfrentarme a retos mayores, y no tardé en comprobar que el talento no me alcanzaba. Durante una temporada aún gané de vez en cuando algún premio sustancioso (hay certámenes que alargan la categoría de creación joven hasta los treinta y cinco años...), pero la mayoría de las veces tenía que resignarme a presentar mis cuentos a premios menores, trescientos euros, doscientos, ciento cincuenta. Eran los únicos que me resultaban asequibles, y aunque me doliera obtener tan exigua recompensa por tan arduo trabajo, me aferraba a los concursos con uñas y dientes. Según lo veía yo, la otra alternativa, buscarme un empleo, equivalía a renunciar a mi sueño (no me veía capaz de sentarme a escribir en serio tras una jornada laboral de ocho horas), y prefería alargar la agonía hasta el infinito antes que aceptar la realidad. La realidad. La tenía ante los ojos y seguía negándome a verla. ¿Qué más pruebas necesitaba? Había escrito, además de muchísimos cuentos, tres novelas, ninguna de las cuales había sido aceptada por ninguna editorial. Ya no era un crío, el futuro se me había echado encima; lo tenía tan cerca que podía distinguir sus facciones, y no eran las que a mí me habrían gustado. Si comparaba mi situación con la de diez años atrás, saltaba a la vista que no solo no había avanzado, sino que me hallaba en franco retroceso. Se me empezaba a agriar el carácter. De buenas a primeras me sorprendí haciendo lo que siempre me había prometido no hacer: buscar excusas. Si las editoriales no me hacían caso, me decía a mí mismo, era porque carecía de contactos. Si ya no ganaba premios era porque estaban amañados. Yo era puro de espíritu, dedicaba mi tiempo a lo sustancial, leer, escribir, mientras que ellos, los otros, los escritores de éxito, lo invertían en elaborar perversas estrategias, en entablar amistades útiles, en pisar cabezas y

en hacer favores. Me estaba convirtiendo, en resumen, en un amargado. El resentimiento mermaba aún más mi muy mermado entusiasmo, y con él, la calidad de todo lo que escribía. Ya solo conseguía ganar, con suerte, un premio de cien euros cada tres meses. Marta me mantenía, esa era la verdad. Ella me quería, me apoyaba y me había apoyado siempre, pero su fe en mí empezaba a apagarse.

–Olvídate de ese gato –me decía cuando yo volvía a sacar el tema–. No está pidiendo socorro, simplemente maúlla. Es lo que hacen los gatos.

–¿Pero tú lo oyes o no lo oyes?

Ella se encogía de hombros. Los maullidos comenzaban a oírse alrededor de medianoche, cuando Marta estaba dormida o empezaba a estarlo, y por más que le insistía, no lograba que se levantara y se asomara a la ventana.

–Será un gato cualquiera –decía–. Estará en celo.

–No. Pide socorro.

Ella suspiraba y decía:

–Te estás obsesionando.

Y yo bajaba la mirada. Me estaba obsesionando.

No hacía otra cosa en todo el día que recorrer la casa de un extremo a otro, estrujándome la cabeza en busca de una penúltima historia, del cuento o la novela que salvara mi carrera y mi vida, y lo único que conseguía era llegar a la noche con un puñado de notas anodinas y un zumbido en las sienes que me impedía dormir. Los gatos callejeros eran mi única compañía una vez que Marta se acostaba. Pasaba horas y horas observándolos. Me relajaba seguir desde la ventana sus sigilosos movimientos, o así había sido hasta que

hicieran aparición aquellos desgarradores maullidos. De dónde, por el amor de Dios, de dónde procedían. Una noche bajé a la calle decidido a averiguarlo.

Al principio no oí nada. El gato probablemente se había asustado al oírme salir del portal. Me mantuve inmóvil y al cabo de unos minutos regresaron los maullidos. Los rastree con cuidado, procurando no hacer ruido al andar. Cada vez estaba más cerca. ¿Detrás de aquel árbol? No. ¿En el contenedor de basura? Tampoco. Avancé unos metros más y al fin di con él. Un coche. Los maullidos procedían del interior de un coche. Del capó, para ser exactos. El gato debía de haber entrado en el motor en busca de calor o de resguardo, se había quedado atrapado y pedía socorro. Yo estaba en lo cierto. ¡El gato pedía socorro! No pude evitar sentir cierta alegría. Estuve a punto de correr a casa y contárselo a Marta, pero, naturalmente, no podía despertarla a las tres de la madrugada. Además, había algo más urgente que hacer. Debía rescatar al gato.

Me agaché y asomé la cabeza bajo el coche. Había dejado de maullar.
–Gatito –dije.

Silencio. Bajo el coche la oscuridad era absoluta. Me erguí y traté de abrir el capó, pero no me esforcé demasiado: no quería que saltara la alarma y que me confundieran con un ladrón. Volví a agacharme y esta vez me tumbé del todo, apoyando la espalda en el asfalto e introduciendo el tronco entero bajo el coche. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad conseguí distinguir algunas de las confusas formas del motor, tubos, válvulas, cables, pero seguía sin ver ni oír al gato. ¿Y si después de todo los maullidos eran fruto de mi imaginación? Permanecí media hora allí tumbado, en silencio, y ya

comenzaba a amodorrarme cuando lo oí. Parecía estar muy cerca, a solo unos centímetros de mi rostro.

–Gatito –dije, y volvió a guardar silencio–. Está bien, me quedaré callado.

Unos minutos más tarde reanudó su letanía. Yo continué a su lado toda la noche y pude comprobar que maullaba con menos fuerza a medida que pasaban las horas. Si llevaba allí encerrado varios días, sin comer ni beber, debía de estar exhausto.

Poco antes de que amaneciera subí al apartamento. Marta acababa de levantarse, y mientras se lavaba los dientes le conté lo ocurrido. Ella se enjuagó la boca y me miró.

–¿Te has pasado la noche entera debajo de un coche?

Parecía enfadada. Quizás, pensé, habría debido esperar a que volviera del trabajo para contárselo. Aún estaba medio dormida, y era natural que reaccionara mal si la atosigaba con toda aquella información nada más salir de la cama. No insistí. Había pensado pedirle que me acompañara al coche para que lo comprobara por sí misma, pero entendí que era mejor dejarlo para más tarde.

Esperé a que amaneciera del todo, salí a la calle y me introduje de nuevo debajo del coche, pero el cielo estaba nublado, no había mucha luz y el interior del motor seguía envuelto en la oscuridad. No logré ver al gato. Volví a mi apartamento y pasé el resto del día vigilando el coche desde la ventana. Debía estar alerta por si llegaba el dueño. Habría sido una tragedia que arrancara el motor con el gato dentro.

Marta regresó nueve horas más tarde.

–Cariño –dije–, perdona por haberte atosigado esta mañana. Es que estaba emocionado. Después de tantas noches, acababa de encontrar al gato y... – Ella me dejó hablar sin decir nada. Se la veía muy seria–. ¿Ocurre algo? –dije. Y después, viendo que ella seguía mirándome con el rostro serio–: Tú me crees, ¿verdad? ¿O crees que me lo estoy imaginando?

–Lo que creo es que esto se te está yendo de las manos.

–¿Esto? ¿El qué?

–No sé. Todo esto.

Tragué saliva. Sabía perfectamente a qué se refería Marta y sabía también que insistiendo no haría más que parecer aún más obsesionado, pero necesitaba hacerme entender.

–¿Es que no lo entiendes? –dije–. Ese gato lleva días ahí atrapado, sin comida ni bebida. Anoche noté que sus maullidos eran cada vez más débiles. Si no hago algo para rescatarlo se acabará muriendo. ¿No te importa? ¿Te da igual que se muera? –Marta sacudió la cabeza. Fue a decir algo, pero la corté–. No. No digas que me estoy obsesionando. Ya lo sé, joder. Me estoy obsesionando, pero no voy a dejar que ese gato se muera.

No me moví de la ventana en todo el día. Los maullidos comenzaron a oírse, muy débiles, alrededor de las doce de la noche. Marta ya se había acostado. Salí a la calle.

–Aguanta, gatito –dije entrando bajo el coche. Por primera vez, el gato no respondió a mis palabras con silencio, sino con una especie de gemido que me encogió el corazón–. Aguanta –repetí–. Te prometo que esta es tu última noche ahí dentro. Si mañana no aparece el dueño del coche, fuerzo el capó, lo rompo, hago lo que haya que hacer para sacarte.

El gato contestó, o eso me pareció a mí, con un debilísimo maullido de agradecimiento. El pobre no tenía fuerzas para más, y lo cierto era que yo tampoco. No había dormido ni un minuto desde hacía dos días. Luché aún durante unas horas por mantener los ojos abiertos, pero era una batalla perdida. Estaba agotado. Me rendí. Dejé una nota en el parabrisas: «Hay un gato atrapado en el motor. Por favor, no arranque». Y subí a mi apartamento a echar una rápida cabezada.

Cuando abrí los ojos era mediodía. Había programado el despertador para que sonara al cabo de una hora, pero debía de haberlo apagado sin darme cuenta. Presa del pánico, me asomé a la ventana. El coche había desaparecido. Bajé corriendo a la calle.

–Disculpe –le dije al primer hombre con el que me crucé–, ¿ha visto usted un coche que llevaba varios días aparcado aquí? ¿Sabe quién se lo ha llevado?

Él me miró con cara rara (yo todavía iba en pijama), se cambió de acera y aceleró el paso. No había nada que hacer. Se había terminado. Nunca sabría qué había sido del gato.

Marta se dio cuenta de que algo me ocurría en cuanto llegó.

–Cariño –dijo–, ¿estás bien? –Yo no contesté. Me daba miedo echarme a llorar si intentaba hacerlo–. ¿Es por el gato? ¿Le ha pasado algo?

–Le he fallado. Me he quedado dormido. Estaba pidiendo socorro y le he fallado.

Ella me acarició la cara.

–Cariño –dijo con dulzura–, el gato no estaba pidiendo socorro.

Noté algo raro en su voz.

–¿Qué quieres decir? –No hubo respuesta–. Marta, ¿qué has querido decir? – La conocía, conocía sus gestos y su entonación, y sabía interpretar lo que había detrás de sus palabras–. Entiendo –dije–. El gato no estaba pidiendo socorro. –Guardé silencio durante un segundo. Traté de tragarme el nudo que se me había formado en la garganta–. Mañana empezaré a buscar empleo – dije.

–Cariño...

–No, por favor, no me consueles. Tienes razón. Es injusto que sigas costeando mi vida de eterno aspirante a escritor.

–Yo no he dicho eso...

–No te preocupes, Marta, no puedo reprocharte nada. Me has apoyado hasta el final. Has soportado mucho más de lo que habría soportado cualquiera. Lo he intentado y tú me has ayudado a intentarlo, pero hay veces que simplemente no se puede, y yo no puedo.

Ella intentó protestar de nuevo, pero le rogué con un gesto que no lo hiciera. Me abrazó, la abracé. Lloré y lloró. Lloramos juntos.